



CRECED

en la gracia y el conocimiento de nuestro
Señor y Salvador Jesucristo. 2 Pedro 3:18

www.creced.ch

enero/febrero 2024

Índice n° 1/2024

2	El ABC del cristiano	<i>W. Gschwind</i>
8	La carta de Cristo conocida y leída por todos...	<i>Ph. Laißt</i>
12	Creyentes en peligro	<i>Näher zu Dir</i>
13	El cristiano y la familia	<i>M. Billeter</i>

La revista Creced tiene como meta la edificación y la enseñanza de los que, por gracia, pertenecen a Cristo. Se funda en la soberana autoridad de las Sagradas Escrituras, la Palabra de Dios, la cual “es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra”. 2 Timoteo 3:16–17

Le recomendamos encarecidamente que tenga siempre a mano su Biblia para buscar en ella todas las citas indicadas en esta revista. Haciéndolo así, usted sacará mayor provecho de su lectura y podrá comprobar con la Palabra, única fuente de Verdad, la enseñanza dispensada. Seamos como los creyentes de Berea, los cuales “recibieron la palabra con toda solicitud, escudriñando cada día las Escrituras para ver si estas cosas eran así”. Hechos 17:11

El ABC del cristiano

La posición del creyente

¿Goza usted de su posición en Cristo?

Llegar a la cima de una montaña en teleférico no es difícil. Si mira a la gente en una cabina, ya sea sentada o de pie, verá que pocos parecen ser montañeros: hay ciudadanos pálidos, ancianos, niños pequeños, discapacitados y todo tipo de personas que no pueden escalar montañas.

Aparte del precio del billete, no se requiere nada más que una buena dosis de confianza en la calidad de la construcción y el funcionamiento del teleférico, en la fiabilidad de los numerosos pilones y poleas, en la resistencia de los cables y en la regularidad de los motores.

Todos los viajeros llegan exactamente a la misma meta, ya sea el que lleva zapatos de ciudad, la abuela encorvada por la edad con un niño pequeño en la mano, o el hombre apoyado en muletas. ¡Estar en la cima! ¡Qué cosa tan extraordinaria!

«Si preguntara: ¿Están agotados? ¿Cómo pudieron cruzar los numerosos precipicios, enfrentarse a las escarpadas paredes rocosas?»

Le mirarían con asombro: «¡Qué preguntas tan extrañas! No hemos llegado hasta aquí solos, ¡el teleférico nos ha traído!»

Entonces exclaman: «¡Qué grande es el paisaje alpino! ¡Y esos valles, este panorama hasta donde alcanza la vista!» Pero nadie dice: «¡Yo soy el que ha conseguido hacer esta subida!»

Nosotros cristianos hemos experimentado un ascenso mucho más extraordinario. Nuestro estado original era desesperado. No había diferencia, todos habíamos pecado y estábamos destituidos de la gloria de Dios. Solo restaba esperar el juicio, la condena eterna, la muerte segunda (Romanos 3:9-18, 22-23; Tito 3:3; Efesios 2:1-3 y muchos otros pasajes nos lo dicen).

Pero Dios pensó en nosotros. Sin que lo sepamos, nos amó; no solo de palabra sino, de hecho. Lo que ningún corazón humano podría haber imaginado, Dios lo preparó: una salvación que nos saca del lugar más bajo, de un estado moral que no podía ser mejorado, y nos lleva al cielo, a su santo trono, cerca de su corazón.

Dios concibió el plan de esta salvación; Jesucristo, su Hijo, lo cumplió. Sufrió **por nosotros** en la cruz. Allí llevó **nuestros** pecados, y fue hecho pecado **por nosotros**. Fue condenado **en nuestro lugar** y la ira de Dios fue sobre él. Dio su vida y murió **por nosotros**.

Fue sepultado y resucitado **para nuestra** justificación. Como hombre resucitado, fue elevado a la diestra del trono de Dios. Allí vive siempre para interceder **por nosotros**.

Y ahora a todo pecador se le ofrece esta salvación perfecta y eterna, preparada por la gracia de Dios. No tiene nada que añadir, “porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es **don de Dios**; no por obras, para que nadie se gloríe” (Efesios 2:8-9).

Cuando el pecador confía en el testimonio de la Palabra de Dios y acepta esta salvación por fe, recibe **inmediatamente todos los resultados** de la obra completa de Jesucristo. En Cristo, es elevado desde las profundidades de su miseria hasta la “gloria de Dios”, que lo supera todo y que nunca podría haber alcanzado con sus propias fuerzas (Romanos 3:23). Esto solo fue posible “en Cristo”, “en él” y “por medio de él”; estas expresiones se utilizan a menudo en Efesios.

Por lo tanto, **no hay diferencia** entre los redimidos en cuanto a su **posición ante Dios**. En virtud de la salvación en Jesucristo, todos están ahora “arriba” (Colosenses 3:1-3). Dios “nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús” (Efesios 2:6).

¡Qué perspectiva nos abre, a nosotros cristianos, nuestra nueva posición! Es imposible enumerar, aunque sea brevemente, todos los maravillosos resultados de la obra del Señor en los que ya estamos involucrados. Solo podemos señalar aquí algunas verdades vinculadas a nuestra nueva relación con Dios.

“Por la obediencia de uno” somos constituidos justos (Romanos 5:19). Dios ya no nos ve en la posición de pecadores, y la fórmula «todos somos pobres pecadores», que muchos creyentes se aplican a sí mismos, no corresponde a lo que Dios hizo de nosotros. No solo tenemos el perdón de todos nuestros pecados, sino que **nosotros mismos** “en esa voluntad somos santificados mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo” (Hebreos 10:10). “Con **una sola ofrenda**” nos “hizo perfectos para siempre” (v. 14). Por lo tanto, tenemos “libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo, por el camino nuevo y vivo que él nos abrió” (v. 19-20).

Pero si entramos “en el Lugar Santísimo” y nos acercamos al trono de Dios, ¿cómo seremos recibidos? “Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios... Amados, ahora somos hijos de Dios” (1 Juan 3:1-2). Hemos “nacido de Dios”, tenemos “la vida” de Dios, y somos objeto

de su amor paternal y de su cuidado divino y constante.

Sin embargo, ¡algunos creyentes no disfrutaban de su posición en Cristo! ¿Por qué?

1) Para que su salvación en Cristo sea plenamente válida, creen que deben añadir algo a ella mediante esfuerzos personales. Y como sienten que sus intentos son tan inadecuados, les falta la confianza y el gozo de la salvación.

2) O hacen que su posición en Cristo dependa de su estado práctico. Si han conseguido hacer una buena obra, o están en un buen día, pueden disfrutar de lo que saben de la salvación. Pero si tienen un mal día, entonces dudan de si son hijos de Dios. Sin embargo, **nuestra posición depende solo de la obra perfecta de Jesucristo**; nuestro estado práctico no puede cambiar nada. Debe corresponder a nuestra elevada posición, y no al revés. Para que esto sea realmente así, Dios nos lleva a su escuela (Hebreos 12:5-11).

3) Otros creyentes son demasiado perezosos para conocer todas sus riquezas en Cristo y la posición en él. De hecho, solo se preocupan por las cosas de esta tierra, y así se privan de su verdadero gozo. ¡Cuánta necesidad tenemos todos de la exhortación: “Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está

Cristo sentado a la diestra de Dios” (Colosenses 3:1)!

Desde el primer día

Filipenses 1:5

Hay ciertas cosas que el ser humano debe hacer desde el primer día de su vida si quiere prosperar, desarrollarse y crecer. En cuanto nace, debe respirar, tomar alimentos del exterior y digerirlos; tiene que dormir, despertarse, etc. Si una de estas actividades falta, la madre no es indiferente, se alarma. Esta interrupción puede poner en peligro la existencia del niño o, al menos, ralentizar su desarrollo.

Lo mismo ocurre con el nuevo hombre, cuya vida comienza con el nuevo nacimiento; está sujeto a ciertas necesidades vitales. Si no las tiene en cuenta, se expone a una grave perturbación de su bienestar y crecimiento espiritual. Entonces, el cristiano pierde su paz y alegría, y corre el peligro, para su gran daño, de volver a enredarse en las cosas de este mundo.

Con la ayuda de algunos ejemplos de la Biblia, queremos recordar lo que debe caracterizar la nueva vida del cristiano desde el primer día de su conversión.

Gozarse en el Señor y escuchar su Palabra

“Siguió gozoso su camino”

(Hechos 8:39)

En el camino desierto que descendía a Gaza, el eunuco etíope había encontrado lo que buscaba: el Evangelio, las Buenas Nuevas de Jesús (v. 35). El Señor mismo se las había enviado. Las escuchó y las aceptó por fe. El “funcionario de Candace” era ahora un niño recién nacido en la familia de Dios.

¿Qué sentimiento le invadió desde el principio de su carrera cristiana? Un gozo profundo y santo, nunca antes experimentado, que elevaba poderosamente su corazón a las cosas de arriba. Este gozo no dependía de Jerusalén, el centro religioso de la época, ni de Felipe, el instrumento de su conversión. Cuando Felipe, el evangelista, fue arrebatado por el Espíritu, apenas lo notó este feliz cristiano que acababa de convertirse, pues “siguió gozoso su camino”. ¿Cuál era entonces el motivo de este inusual gozo? Felipe le había mostrado a la persona de Jesús, con la ayuda de las Escrituras, empezando por Isaías 53, y el Espíritu Santo había abierto su corazón. El gozo del etíope tenía su fuente en **Jesús, el Cordero de Dios**, no en las formas religiosas, ni en el contacto con determinadas personas, ni tampoco

en ciertas circunstancias especialmente favorables. Había empezado a gozarse “en el Señor”.

Del mismo modo, nuestra carrera cristiana aquí puede y debe ser, desde el principio hasta el final, un camino de verdadero gozo. Sin este gozo, seríamos cristianos débiles y enfermizos. Así, el apóstol exhorta a los jóvenes creyentes de Tesalónica: “Estad siempre gozosos... porque esta es la voluntad de Dios para con vosotros” (1 Tesalonicenses 5:16, 18).

Este es el primer punto que queremos recordar.

Pero, ¿cómo pudo Pablo exhortar a estos creyentes a “estar siempre gozosos”? ¿Acaso se puede pedir el gozo? ¿Podemos elegir nuestros sentimientos?

¡Claro que no! El apóstol simplemente quería decirles, como a nosotros, que ahora estaban definitivamente unidos a Cristo. Él es la fuente inagotable de nuestro gozo. Quédese cerca de esta fuente. Beba de ella por fe, en gran medida; hágalo en abundancia, continuamente, cada día, cada hora y siempre. No la deje. No vaya a otros manantiales; son “cisternas rotas que no retienen agua” (Jeremías 2:13).

Pablo solía gozarse “en el Señor”. Todos los que entraron en contacto con él estaban convencidos de ello. Los filipenses en particular. Incluso en la cárcel de su

ciudad, con la espalda marcada por heridas sangrantes y dolorosas, y los pies asegurados en el cepo, había cantado himnos a Dios con su compañero. Esta feliz experiencia personal le permitió animar a otros a regocijarse “en el Señor” (Hechos 16:25; Filipenses 3:1; 4:4).

Como Pablo, todo cristiano tiene el privilegio de experimentar este gozo, tanto el creyente avanzado como los nuevos conversos. Pedro pudo decir, hablando a los expatriados de la dispersión en Asia Menor: “Jesucristo, a quien amáis sin haberle visto, en quien, creyendo, aunque ahora no lo veáis, os alegráis **con gozo inefable y glorioso**” (1 Pedro 1:7-8).

¿Disfruta usted de este “gozo en el Señor” cada día? Si no es así, entonces su vida cristiana no es saludable. Le falta una fuerza activa y vivificante. Nehemías le dijo al pueblo de Israel: “El gozo de Jehová es vuestra fuerza” (Nehemías 8:10). ¡Que el siguiente ejemplo le muestre cómo conseguirlo!

“María... sentándose a los pies de Jesús, oía su palabra” (Lucas 10:39)

Solo Jesús es la fuente del verdadero gozo cristiano. Debemos estar con él, y recibir constantemente de él.

Esto es exactamente lo que hizo María. El Señor había llegado a su aldea, e incluso a su casa. ¡Estaba allí! Apenas había entrado, ella ya

estaba sentada a sus pies. No quería perder esta oportunidad única. Necesitaba estar cerca de él, escucharle, beber sus palabras. ¿Había algo más importante, más oportuno que hacer en ese momento? Marta no estaba de acuerdo. El ilustre y querido invitado había tenido un servicio agotador en las polvorientas carreteras bañadas por el sol. Y ahora aquí estaba, con sus doce discípulos hambrientos. ¿No deberían tomar **primero** la comida y la bebida? ¡Seguramente fue un servicio agradable para el Señor!

¿Cuál de las dos hermanas tenía razón? Muchos creyentes están del lado de Marta. Quizás no en sus palabras, sino sí en sus acciones. La forma en que utilizamos las veinticuatro horas del día muestra de qué lado estamos. ¿No tiene cada uno que ir diariamente a su trabajo, que a menudo es tan exigente? Las comidas regulares y el descanso suficiente son absolutamente necesarios para el organismo. Los más jóvenes añadirán: una formación adecuada es indispensable para una existencia digna. Además, necesitamos relajación y ejercicio físico. Y después de todo, dicen los creyentes muy activos, lo que cuenta es la práctica cristiana, las obras, no la mera teoría. Si uno empieza a servir al Señor asistiendo al prójimo, hay tanto que hacer que realmente queda poco tiempo para “sentarse” y “escuchar”.

Estos argumentos pueden parecer convincentes. Pero, ¿qué pensó el Señor mismo del comportamiento de las dos hermanas? ¡Eso es lo que cuenta! Dirigiéndose a una Marta que estaba convencida de tener razón, le dijo: “Marta, Marta, afanada y turbada estás con muchas cosas. **Pero sólo una cosa es necesaria**; y María ha escogido la buena parte, la cual no le será quitada” (v. 41-42).

Esta palabra del Señor, expresada hace tanto tiempo, permanece, en la agitación del tiempo presente, como una roca que se opone a todo lo que podría tener más importancia para nosotros. Él nos dice a usted y a mí: Siéntese primero a mis pies y escuche mis palabras; eso es lo que se necesita. **Esto es lo primero.**

Si hasta ahora hemos sido desobedientes a esta palabra del Señor, si no hemos deseado “la leche espiritual no adulterada” (1 Pedro 2:2) de la Palabra de Dios, entonces seguramente nuestro crecimiento espiritual ha sido interrumpido. Ya es hora de cambiar, y de empezar, en lo secreto de nuestra habitación, a sentarnos a sus pies cada día, a escuchar su Palabra. Entonces tendremos un mayor deseo de ir al lugar donde estamos congregados alrededor de Él como iglesia.

No se trata de centrarse en las teorías, sino en **su persona**. Debemos buscarlo leyendo y meditando su Palabra. Entonces nuestro corazón

“ardará” (Lucas 24:32), y el “gozo inefable y glorioso” (1 Pedro 1:8) de los primeros cristianos llenará también nuestras bocas de alabanza.

¡Ah, este lugar a los pies de Jesús, donde escuchamos su Palabra! ¡Es el único y verdadero punto de partida para el desarrollo de la vida y de toda actividad cristianas!

No diga: Es bueno, normal y útil que los creyentes avanzados o de edad avanzada busquen este lugar con cuidado; pero no es natural para los jóvenes. ¿Qué edad tenía esta María soltera? ¿Y qué edad tenía el hombre al que Jesús había librado de los demonios y se sentó inmediatamente a sus pies? (Lucas 8:35). No lo sabemos. Pero una cosa es cierta: desde poco tiempo eran convertidos y, sin embargo, sentían la necesidad de buscar ese lugar. ¡Tenían mucho que aprender de él y sobre él! Es precisamente en las almas de esas personas en las cuales el Espíritu Santo debe imprimir “la forma de las sanas palabras” (2 Timoteo 1:13). El que no se pone a los pies de Jesús desde el principio, pronto se convertirá en un cristiano lisiado que no podrá dar buenos frutos.

El lugar que escogió María es el adecuado para nosotros, desde el primer día.

(Continuará)

La carta de Cristo conocida y leída por todos los hombres

El apóstol Pablo fue un evangelista diligente, pero también un fiel pastor. Velaba con solicitud sobre los creyentes en Corinto donde había pasado por lo menos dieciocho meses (Hechos 18:11). Les dijo: “siendo manifiesto que sois carta de Cristo expedida por nosotros” (2 Corintios 3:3). ¡Eran la carta del apóstol porque eran la de Cristo! Sin embargo, Pablo conocía las debilidades de esta iglesia en Corinto. Esta era, como muchas otras, el objeto de su solicitud; teniendo él una gran preocupación por todas ellas (2 Corintios 11:28).

La primera epístola a los corintios

Los destinatarios

Notemos que esta epístola está dirigida a los “santificados en Cristo Jesús, llamados a ser santos con todos los que en cualquier lugar invocan el nombre de nuestro Señor Jesucristo, Señor de ellos y nuestro” (1:2). Se afirma así la universalidad de la enseñanza contenida en la carta. Según su fiel costumbre —solamente en la epístola a los Gálatas hace una excepción— Pablo comenzó dando gracias a Dios por los corintios, poniendo en

evidencia que las riquezas espirituales que habían recibido venían de la maravillosa gracia de Dios en Cristo Jesús (v. 4-5).

En esa época la gran ciudad de Corinto era rica, pero también muy disoluta. El apóstol había predicado allí a “Cristo crucificado” y Dios se agradó en escoger para sí “lo necio del mundo” y “lo débil del mundo” y “lo vil del mundo y lo menospreciado”, “lo que no es, para deshacer lo que es” (v. 23, 27-28). Por este llamamiento de Dios, los corintios convertidos estaban ahora “en Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención; para que, como está escrito: El que se gloria, glorié en el Señor” (v. 30-31). Habían sido enriquecidos en Cristo “en toda palabra y en toda ciencia” (v. 5). De tal manera que no les faltaba “ningún don, esperando la manifestación de nuestro Señor Jesucristo; el cual también os confirmará hasta el fin, para que seáis irreprensibles en el día de nuestro Señor Jesucristo” (v. 7-8). Confiando en que Dios los fortalecería hasta el fin, Pablo les dijo: “Fiel es Dios, por el cual fuisteis llamados a la comunión con su Hijo Jesucristo nuestro Señor” (v. 9).

Los desórdenes, el orgullo

Sin embargo, después de la partida del apóstol, diferentes desórdenes aparecieron en esta iglesia,

comenzando por las disensiones. Se seguía al hombre, apropiándose de Pablo, de Apolos, de Cefas y hasta de Cristo, considerándolo simplemente como un doctor. Pablo exclamó: “¿Acaso está dividido Cristo? ¿Fue crucificado Pablo por vosotros?” (v. 13).

La raíz de todas estas discordias era el orgullo (Proverbios 13:10). Los creyentes en Corinto habían olvidado —y nosotros corremos el mismo peligro— que habían recibido todo por pura gracia. Siendo “aún carnales” (3:1-3), ¡todos buscaban hacer valer sus dones espirituales y sus conocimientos! Para permanecer humildes, pequeños a nuestros ojos, debemos dejarnos sondear siempre por esta pregunta: “¿quién te distingue? ¿o qué tienes que no hayas recibido?” (4:7). “Estando envanecidos” (4:18; 5:2), algunos se habían atribuido un lugar importante en la iglesia. ¡Habían llegado a desafiar la autoridad del apóstol Pablo y, como consecuencia, la enseñanza que había traído de parte de Dios!

El pecado moral, la levadura

Un pecado moral grave manchaba la iglesia. ¡Pero en vez de “lamentarse” (5:2), los hermanos en Corinto continuaban envaneciéndose! Pablo, preocupado por la gloria de Dios, lleno de amor por ellos, no había dudado en denunciar este mal que vino a ser público

(v. 1). La santidad de Cristo exige que los creyentes, no solo se abstengan del mal en sus propias vidas, sino que se separen también de las personas que viven en el pecado y que, sin embargo, confiesan el nombre del Señor (v. 9-11). “Un poco de levadura leuda toda la masa”; así que el culpable de fornicación debía ser excluido (v. 13) para que la iglesia sea “una nueva masa, sin levadura”, tal como fue hecha en Cristo (v. 6-7).

La segunda epístola a los corintios

La restauración de los corintios

Gracias a Dios, hubo un trabajo de conciencia tanto en la iglesia como en el pecador. El apóstol entonces exhortó a los corintios a que no les falte la gracia. Después de la manifestación de una falta, estaban en peligro de manifestar severidad sin amor. Satanás busca siempre hacernos caer de un extremo al otro.

La obediencia de los corintios había regocijado y animado al apóstol. Pero era necesario hacer mucho progreso todavía.

Pablo seguía a Cristo de cerca

Le provocaba mucha pena a Pablo ver que algunos en Corinto le atribuían motivos interesados y engañosos (12:16-18) a pesar de su conducta irreprochable (Hechos 20:33-34). Andaba sobre

las huellas de Cristo y derramaba su “grato olor” (2 Corintios 2:15).

La carta de Cristo: los corintios

Es realmente notable que el apóstol Pablo trate a los cristianos en Corinto como siendo “carta de Cristo expedida por nosotros” (3:3). Sin embargo estuvo obligado a decir al mismo tiempo a aquellos a los cuales llamaba “amados” y “muy amados” (7:1; 12:19): “... me temo que cuando llegue, no os hallé tales como quiero, y yo sea hallado de vosotros cual no queréis; que haya entre vosotros contiendas, envidias, iras, divisiones, maledicciones, murmuraciones, soberbias, desórdenes; que cuando vuelva, me humille Dios entre vosotros, y quizá tenga que llorar” (12:20-21).

La iglesia es pues esta carta que trae al mundo el mensaje de Cristo. Según el pensamiento de Dios, Cristo debe ser formado en nosotros por la presencia del Espíritu Santo (Juan 16:14). «Una amabilidad natural no significa que Cristo está gravado en el corazón. Ser cristiano supone que un trabajo positivo, real, de Dios se operó» (J.N. Darby). El creyente encuentra en Cristo el objeto exclusivo de su corazón, y desea vivir para él (Filipenses 1:21). Los pensamientos, las palabras, la manera de actuar de Cristo, deben venir a ser nuestros.

Una carta ilegible

Como consecuencia de faltas repetidas, no juzgadas, la “carta de Cristo” viene a ser cada vez menos legible. Tiene manchas y suciedades. ¿Cómo podrían reconocer los que ven nuestra conducta que hemos “estado con Jesús”? (Hechos 4:13).

Tristemente, y por nuestra culpa, el Espíritu Santo es a menudo “contristado” y obstaculizado en su acción (Efesios 4:30). Debe trabajar en nuestra conciencia y en nuestro corazón para hacernos sentir nuestra infidelidad. La convicción de pecado es producida y nos lleva a confesar y abandonar todo lo que sea necesario. Solo de esta manera la comunión con el Señor puede ser restablecida.

La legibilidad depende de la conducta

El cristiano también puede ser comparado a una piedra grabada cuidadosamente, cuyos caracteres se borran parcialmente poco a poco a causa de la intemperie. Nuestra conducta personal y nuestra vida de iglesia están ligadas íntimamente y pueden obligarnos a guardar silencio, a pesar de que hoy sea un “día de buena nueva” (2 Reyes 7:9).

Hablar del Señor útilmente requiere una preparación personal en lo que respecta a juzgarse a sí mismo. Es una inmensa gracia “andar en la verdad” y el apóstol

Juan se había regocijado mucho al ver que los hijos de la “señora elegida” andaban en la verdad (2 Juan 1, 4) y comprobar que “Gayo” también tenía tal marcha (3 Juan 3).

Algunas exhortaciones actuales

No nos cansemos, ¡imitemos al apóstol Pablo que seguía muy de cerca a su Maestro! (Filipenses 3:17). Había renunciado enteramente a las cosas vergonzosas que se hacen en secreto, no andaba con engaño y no falsificaba la Palabra de Dios, sino “por la manifestación de la verdad”, es decir por su conducta, se encomendaba “a toda conciencia humana delante de Dios” (2 Corintios 4:2).

Dejémonos instruir por la Palabra de Dios para saber cómo conducirnos en la casa de Dios (¡no es la nuestra!); ella es “columna y baluarte de la verdad” (1 Timoteo 3:15). Si, por amor por Cristo, deseamos dar un testimonio fiel y útil, debemos velar para que nuestra conducta personal sea pura.

El “Dios de paz” quiere “santificarnos por completo”, dirige esta exhortación a todos sus hijos: “todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo” (1 Tesalonicenses 5:23). Las suciedades del espíritu y del alma escapan a veces a los que nos rodean, pero “todas las cosas están desnudas y abiertas a

los ojos de aquel a quien tenemos que dar cuenta” (Hebreos 4:13).

Actos que testifican el estado del corazón

Nuestras acciones son un testigo, a veces mudo, de nuestro estado interior. José, en casa de Potifar (Génesis 39:2-12), o cuando estaba en prisión injustamente (v. 20-23), actuaba siempre con rectitud. “Jehová estaba con José, y lo que él hacía, Jehová lo prosperaba”.

Daniel, habitado por el temor de Dios, “propuso en su corazón no contaminarse con la porción de la comida del rey” (Daniel 1:8). Dios le puso en gracia con el jefe de los eunucos y con los reyes a los que fue llamado a servir posteriormente.

La reina de Saba se quedó asombrada por la gran sabiduría de Salomón, pero también al ver “el estado y los vestidos de los que le servían, sus maestresalas” (1 Reyes 10:4-5).

Palabras que impactan

Siervos de Cristo ¿producimos un efecto similar sobre aquellos que nos rodean? Si nuestros actos son para la gloria de Dios, entonces nuestras palabras, bajo la dirección del Espíritu Santo, podrán tener un gran impacto sobre las almas que tienen necesidad de ser salvadas o edificadas.

Una de las piezas de “toda la armadura de Dios”, de la que es

Creyentes en peligro

necesario revestirse para resistir con eficacia al Adversario, retiene nuestra atención: nuestros pies tienen que estar calzados “con el apresto del evangelio de la paz” (Efesios 6:15). Un hijo de Dios, cuya gentileza no es conocida de todos los hombres (Filipenses 4:5), que se muestra agresivo y reivindicativo, pierde el privilegio de ser un testigo del Señor. Ya no puede hablar de la gracia de Dios en la dependencia del Espíritu.

Vigilancia necesaria en la iglesia local

En una iglesia local es necesario velar en primer lugar por el orden interior, mantener la separación. Si es necesario, purificarse del mal que puede existir allí. La iglesia jamás debe perder de vista que es la “carta de Cristo”. En ella el mundo debe poder leer a Cristo. Entonces Dios traerá personas a ese lugar. «Reunirse alrededor de Cristo es siempre un gran privilegio para los cristianos. Hay que desearlo, pero no hay que sobrepasar su fuerza real. Sino estamos en peligro de alejar a las personas, cuando constatan la falta de bendición» (J.N. Darby).

Solo Dios puede socorrernos y permitirnos poder mostrar a Cristo colectivamente en la humildad que conviene en un tiempo de ruina.

Ph. Laügt

“Yo buscaré la perdida, y haré volver al redil la descarriada; vendaré la perniquebrada, y fortaleceré la débil” (Ezequiel 34:16).

Jesucristo se ocupa de todos los redimidos. Sin embargo, su atención particular se fija sobre aquellos que se enfrenten con dificultades en su vida de fe:

— Todos los que creen en el Señor Jesús son salvos para siempre y no perecerán jamás (Juan 10:28). Pero es posible que se deslicen en el camino mientras andan en este mundo y se **desvíen**. Entonces el Pastor los busca para traerlos nuevamente al buen camino.

— Cuando surgen problemas en el pueblo de Dios, sucede desafortunadamente que ciertos creyentes se **descarrían**. Decepcionados dejan el lugar donde el Señor desea congregar a los suyos en su alrededor. También a estos sigue el Pastor y habla a sus corazones para que vuelvan a tener comunión con Él.

— Las **heridas** son producidas por causas exteriores. Muchos cristianos se lesionan por comprometerse con el mundo. Otros son ofendidos por una crítica o palabras imprudentes. Pero el Pastor está aquí para vendar semejantes lesiones. Por

su Palabra da consuelo y produce sanidad.

— Las **debilidades** pueden tener varias causas. Cuando creyentes no se alimentan con la sana doctrina de la Palabra de Dios, sino que se envenenan con mala literatura, se ponen débiles espiritualmente y pierden su fuerza. También a estos desea ayudar el Pastor. Los dirige en su hombre interior hacia su maravillosa Persona y fortalece su fe para que recobren una buena salud espiritual.

Näher zu Dir

El cristiano y la familia

La vida matrimonial cristiana

La vida matrimonial cristiana es un asunto importante para todos los creyentes que están casados. Dios nos hizo conocer claramente en Su Palabra cuáles son Sus pensamientos acerca de un matrimonio que le es agradable. Estos pensamientos no han cambiado, y no cambian ante los nuevos valores que este mundo proyecta sobre la vida matrimonial. Especialmente en estos días en que la gente del mundo está poniendo

todo al revés, tenemos una gran necesidad de recordar los principios divinos sobre el matrimonio, así como de vivir consecuentemente de acuerdo con ellos.

Hay tres pasajes en el Nuevo Testamento que tratan específicamente de estas directrices, a saber: 1 Pedro 3:1-7; Efesios 5:22-33; Colosenses 3:18-20. En estos, Pedro y especialmente Pablo sientan las bases doctrinales para un matrimonio feliz. Las verdades presentadas en estos pasajes se encuentran explicadas bajo la forma de ejemplos prácticos en el Antiguo Testamento. Tenemos uno de estos ejemplos en Génesis 24:61-67 y 25:11. Basándonos en este texto, queremos tratar a continuación **siete principios** que Dios nos presenta para un matrimonio conforme a sus pensamientos. Cuatro de ellos conciernen al hombre y tres a la mujer.

Antes de empezar, conviene señalar un peligro particular. Los textos de Colosenses 3 y Efesios 5, así como el de 1 Pedro 3, se dirigen a las mujeres y a los hombres de manera separada. Se dice: “**vosotras**, mujeres” y “**vosotros**, maridos”. Así que hay exhortaciones especiales para la mujer y para el hombre. Ahora bien, la tendencia de los hombres suele ser escuchar especialmente lo que se dice a la mujer (por ejemplo, que debe someterse) para recordárselo una

y otra vez. El mismo peligro se aplica a la inversa con las mujeres. Deberíamos tener cuidado con ese comportamiento.

1. Principios relativos al marido

a) *Isaac viene al encuentro de Rebeca (Génesis 24:63)*

Volvemos a encontrar este principio en 1 Pedro 3:7, donde dice: “Vosotros, maridos, igualmente, vivid con ellas sabiamente (o con entendimiento), dando honor a la mujer como a vaso más frágil”. Aquí vemos que es deber de los hombres comprender a sus esposas. Las mujeres piensan y sienten de forma diferente a los hombres, y es deber del marido ser receptivo y comprensivo con su esposa. El vivir con las esposas tiene que ver con todas las áreas del ser humano, es decir, el espíritu, el alma y el cuerpo, y en cada una de ellas el marido debe estar dispuesto a comprender a su esposa.

Este vivir con ellas se basa en las verdades de la Palabra de Dios, pues debe ser “sabiamente”. Un compromiso hecho en detrimento de los pensamientos de Dios no es un vivir con ellas de acuerdo a Dios. Además, los maridos deben vivir con sus esposas con entendimiento, es decir, la situación respectiva y especial en la que se encuentra una pareja debe ser tenida en cuenta

y valorada correctamente por el marido. Especialmente en la vida conyugal, puede tener consecuencias fatales si vivimos y actuamos según modelos prefabricados.

Pedro continúa y explica que las mujeres son un “vaso más frágil”. El principio de este mundo según el cual se exige de la pareja al menos tanto como uno da de sí mismo no tiene validez para los matrimonios cristianos. Dios creó a los seres humanos “varón” y “hembra”. La mujer es el recipiente más frágil, y los hombres debemos tenerlo en cuenta. Hay sentimientos típicamente femeninos que a los hombres les cuesta comprender, y hay procesos de pensamiento típicamente masculinos que las mujeres no entienden. Los maridos deben recordar siempre esto en sus relaciones con sus esposas. Para contrarrestar el peligro de que por este motivo las esposas sean tratadas con desprecio, Pedro añade: “dando honor a la mujer”. Solo cuando es así funciona un matrimonio, y esto tiene entonces consecuencias prácticas en el sentido de que las oraciones de los maridos no se ven obstaculizadas.

b) *Isaac conduce a Rebeca (Génesis 24:67)*

Es a la vez un gran privilegio e igualmente una gran responsabilidad para los hombres guiar a sus esposas; desde el día del matrimonio

un hombre debería ser capaz de hacerlo. Para evitar de entrada un malentendido: guiar no significa dominar. Muchos maridos piensan que tienen autoridad para mandar a sus esposas, pero esto nunca es conforme al pensamiento de nuestro Dios.

Antes del matrimonio, el hombre es responsable de sus propios actos; si hace algo mal, las consecuencias de su mala conducta le afectan solo a él. Pero si está casado, su comportamiento tiene inevitablemente consecuencias para su esposa. Cuando nosotros, como maridos, cometemos un error, nuestros cónyuges automáticamente sufren con nosotros. Por lo tanto, podemos llevar a nuestras esposas tanto a la bendición como a la ruina.

Dos ejemplos del Antiguo Testamento, uno positivo y otro negativo, ilustran este principio: Booz era un hombre cuyo comportamiento estaba marcado por la bendición de Dios, por lo que pudo hacer partícipe a Rut de esa bendición; la hizo entrar en ella (Rut 3 y 4). Nabal era un hombre de maldición y tuvo que sufrir las consecuencias de sus malas acciones por cuanto Dios le castigó. Si Dios no hubiera intervenido en gracia, David habría incurrido en una culpa de sangre y Abigail, la esposa de Nabal, probablemente habría perecido con su marido en la destrucción (1 Samuel 25).

c) *Isaac ama a Rebeca* (Génesis 24:67)

Este principio, tan elemental para un matrimonio piadoso, nos lleva al importante pasaje de Efesios 5:25-33, en el cual se nos exhorta repetidamente a los maridos a amar a nuestras esposas (también Colosenses 3:19). El apóstol Pablo utiliza tres comparaciones para aclararnos la manera en que el hombre debe amar a su esposa. Primero debe amarla “como Cristo amó a la iglesia” (v. 25), segundo “como a sus mismos cuerpos” (v. 28) y tercero “como a sí mismo” (v. 33). Las comparaciones realizadas dejan claro que este amor tiene un carácter muy diferente de lo que la gente de este mundo llama amor.

El versículo 29 nos muestra cómo se expresa el amor: el marido “sustenta y... cuida” a su mujer. Es uno de los requisitos piadosos de un matrimonio que un hombre sea capaz de **sustentar** a su esposa. Nutrir se refiere tanto a la esfera material como a la espiritual. Quien no pueda nutrir materialmente a su esposa no debe contraer matrimonio. La fidelidad en la esfera profesional debe caracterizar a todo hombre. Pero también en la relación espiritual el marido debe ser capaz de suplir a su esposa. La Palabra de Dios llama a las esposas a preguntar a sus propios maridos cuando algo no les queda claro

(1 Corintios 14:35), y es sumamente triste cuando el marido es entonces incapaz de responder a estas preguntas. Quienes apenas empiezan a ocuparse de las cosas espirituales cuando contraen el matrimonio, en realidad están empezando demasiado tarde. Antes del matrimonio es el mejor momento para que un hombre se familiarice con los pensamientos de Dios a fin de estar entonces en la posición adecuada para transmitir el alimento espiritual.

El marido también **cuida** de su mujer. Esto no significa cuidar de los enfermos o algo similar, sino que el marido cuida de su mujer porque siente placer por ella. El que cuida de su esposa satisface los **deseos** de su corazón, deseos que son diferentes para cada mujer. También se podría decir así: El que cuida de su mujer le da lo que ella **necesita**. Le da según sus **necesidades** (igual que el pueblo de Israel recibió el maná en el desierto). El que cuida de su esposa intenta, si es posible, darle lo que ella **desea**. Le da según su deseo (como hizo Salomón con la reina de Saba, 1 Reyes 10:13).

El Señor mismo nos llama a los hombres a amar a nuestras esposas. Si se dieran situaciones en las que esto nos resultara difícil porque quizás nuestras esposas no se comportaran tan amorosamente en una cierta ocasión, entonces deberíamos recordar el amor de Cristo por

su Iglesia. A pesar de todo nuestro mal comportamiento, Él nos sigue amando con amor y afecto inmutables. Este amor puede ser siempre nuestro ejemplo y motivación.

d) Unidad completa entre el hombre y la mujer

Con su matrimonio, Isaac se consoló después la muerte de su madre (Génesis 24:67), y poco después llegó también la separación de su padre (25:8-11). Esto nos hace pensar en el importante principio —por desgracia, a menudo pasado por alto— de que la unidad en el matrimonio es mayor que la unidad o el vínculo entre parientes consanguíneos, por ejemplo, entre padres e hijos.

Por supuesto, el hijo no deja de ser hijo, y los padres siguen siendo padres a los que el hijo debe amar y honrar. Pero es sumamente importante señalar que el marido está más cerca de su mujer que de sus padres. Lamentablemente, se observa que algunos hombres discuten un problema con sus padres antes que con su propia esposa. Se vuelve aún más complicado cuando uno de los cónyuges se queja con los padres del otro. Tal comportamiento es siempre un peligro para el matrimonio. Ha habido muchos casos en los que los padres han introducido una profunda distancia entre matrimonios jóvenes. Todos los implicados deben permitir que el Señor les

dé mucha sabiduría para vivir juntos de la manera correcta.

2. Principios relativos a la esposa

a) *Una ayuda para el hombre*

En Génesis 24:61 se nos dice que Rebeca “se levantó” para ir a Isaac. Ella va a Isaac y no viceversa. Abraham había dado órdenes explícitas de que Isaac no fuera a la tierra de su parentesco, pero la mujer debía ser llevada a Isaac. El principio es que la mujer se entrega como ayuda al marido y no el marido como ayuda a la mujer (lo que por supuesto no excluye que el marido ayude a su mujer en el hogar si es necesario). Cuando una mujer contrae matrimonio, debe ser consciente de que renuncia a su anterior esfera de responsabilidad y que, en adelante, participará en la tarea de su marido. Se muda con su marido para ayudarlo. Va normalmente en contra de los pensamientos de Dios que la esposa siga haciendo su trabajo (porque puede ganar más que el marido) y que él se dedique a ocuparse de las tareas domésticas. Las intenciones de Dios no cambian, aunque esto vaya en contra de la opinión común de muchas personas en el mundo actual.

Cuando Dios creó al hombre, quiso hacer para él una “ayuda idónea” (Génesis 2:18). Dios encomienda a cada mujer la tarea de ser

una ayuda para su marido y corresponderle. Esto no tiene nada que ver con que el marido se deje «servir» por su mujer, sino que se trata de una unión ordenada por Dios en la que la mujer está ahí para su marido y lo complementa.

b) *Subordinación al hombre*

Rebeca se cubrió cuando vio a Isaac (Génesis 24:65). De este modo expresaba su sumisión a Isaac. En la corriente de la creciente igualdad de los sexos, tal vez sea particularmente difícil cumplir con este principio. Pero recordemos que está claramente establecido en el Nuevo Testamento: “Las casadas estén sujetas a sus propios maridos, como al Señor” (Efesios 5:22). “Asimismo vosotras, mujeres, estad sujetas a vuestros maridos” (1 Pedro 3:1; véase también Colosenses 3:18).

Pero tengamos en cuenta dos cosas: en primer lugar, la sumisión no significa que las mujeres sean meras receptoras de órdenes —la relación de sumisión entre marido y mujer es diferente de la que existe entre padres e hijos— y, en segundo lugar, se trata de someterse “como al Señor”. Esta importante expresión establece el marco y asigna el lugar adecuado a ambos. No se trata de que la esposa obedezca los mandatos de su marido, sino de que la sumisión sea una actitud general en la vida, que agrada al Señor.

c) *La prioridad dada al marido*

Al ponerse el velo (Génesis 14:65), Rebeca no solo mostró su actitud de sumisión, sino que al mismo tiempo dejó ver su devoción por Isaac. Para una mujer, su propio marido debe ocupar el primer lugar entre todos los hombres (aparte del propio Señor, por supuesto). En Tito 2:4-5 el apóstol Pablo instruye a las ancianas para que enseñen a las jóvenes, a saber: “amar a sus maridos y a sus hijos” y a ser “cuidadas de su casa”. El orden mencionado aquí es notable: primero el marido, segundo los hijos, tercero el hogar. En muchos matrimonios, por desgracia, se encuentra un orden diferente, y las consecuencias son a menudo fatales. Hay mujeres que dan prioridad a sus hijos y descuidan a sus maridos. Para otras, el hogar tiene prioridad. Ambos son correctos e importantes en su lugar, pero solo la observancia del orden divino puede conducir a una convivencia armoniosa en el matrimonio.

Dios ha puesto en la naturaleza de la mujer aferrarse a su marido y amarlo con devoción. En Génesis 3:16 Dios dice a Eva: “tu deseo será para tu marido”. Ahora bien, aquí surge un cierto problema que puede darse en cualquier matrimonio cristiano. El marido nunca podrá satisfacer completamente el deseo de la mujer. Antes de la caída, había perfecta armonía en el deseo

mutuo de la mujer y el hombre, del uno por el otro. Sin embargo, desde la caída, el deseo de la mujer de tener a su marido con ella es a menudo mayor que al revés. El hombre tiene que realizar ciertas tareas fuera de su esfera doméstica, por lo que nunca puede satisfacer plenamente el deseo de su mujer de tenerle con ella. Este hecho no está del todo claro para muchas mujeres. Especialmente cuando se trata de asuntos espirituales (por ejemplo, asistir a una reunión o conferencia), la esposa debe aprender a dejar a un lado sus propios deseos y dar libertad a su marido. Sobre esto descansa la bendición de Dios.

Antes de llegar al final, recordemos una vez más lo importante que es el tema del matrimonio cristiano. El matrimonio no es solo la corona de la primera creación, sino también un reflejo de la gran y poderosa verdad: «Cristo y su Iglesia». Estaba desde la eternidad en el pensamiento de Dios dar a su Hijo una esposa, y por toda la eternidad tendremos nuestro lugar con Él y a su lado como la esposa del “Cordero”. De esta verdad, que nos resulta difícil de comprender, nuestros matrimonios ahora, en este tiempo, deberían y podrían ser un testimonio vivo. ¿No vale la pena llevar un matrimonio según los principios de Dios?

(Continuará)

Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios.

Colosenses 3:1

Estad siempre gozosos... porque esta es la voluntad de Dios.

1 Tesalonicenses 5:16, 18

Yo buscaré la perdida, y haré volver al redil la descarriada; vendaré la perniquebrada, y fortaleceré la débil.

Ezequiel 34:16

Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella.

Efesios 5:25

Novedad

- **El volumen encuadernado** en rústica de los años 2022-2023 de la revista Creced está disponible. Véase el precio en página siguiente.

Publicación de edificación cristiana Creced

Se suele utilizar en las citas bíblicas la versión Valera 1960 o la versión Moderna (V.M.). Estas citas se encuentran entre “ ”.

Suscripción: La revista se envía a todo aquel que la solicite. Se sostiene con las oraciones, suscripciones y ofrendas de creyentes.

En caso de **cambio de dirección**, le rogamos que nos avise lo más pronto posible, comunicándonos tanto la nueva como la antigua en caracteres claros y legibles.

Contacto: Para cualquier información referente a Creced, o para solicitar la suscripción, debe dirigirse a la dirección siguiente: Creced, Les Pommerets 6, 2037 Montezillon (Suiza), por medio del sitio www.creced.ch, o a través de la dirección de correo electrónico: revista@creced.ch.

Están a la venta los **20 volúmenes** encuadernados de la revista Creced, desde 1984-85 hasta 2022-23. Cada uno consta de 336 páginas. Indique claramente los años que desea recibir.

Precio (1 volumen): 10 \$ EE. UU. 10 EUR 10 CHF

Se aplicará un descuento de 15 % a quienes soliciten 5 volúmenes, de 20 % a partir de 10 volúmenes y de 25 % por la serie completa. Las librerías ya establecidas gozan de un mayor descuento.

Ofrecemos gratis el índice de los 20 primeros años de la revista Creced (1984-2003) a quienes compren los libros encuadernados o posean los fascículos de esos años.

Medios de pago:

- PayPal: Usar el siguiente enlace: [PayPal.Me/paralarevistacreced](https://www.paypal.com/paralarevistacreced).
- Western Union: a nombre de Jean-Pierre Cuendet, Les Pommerets 6, 2037 Montezillon (Suiza).

En cualquiera de estos casos, es importante que nos avise lo antes posible a: revista@creced.ch, indicándonos sus nombres y apellidos, la suma que manda, la fecha del pago y el número del giro de Western Union.

- Alternativamente, se puede enviar billetes de \$ EE. UU. o de Euro en un sobre certificado.

Comité de redacción: J.-P. Cuendet (responsable), J. Perron, J.-C. Moinat, O. Perron

Sitio web: <http://www.creced.ch>

E-mail: revista@creced.ch
